

gó sus fuerzas, y á los empleados del Poder Judicial y de la Administración cubriendo todos los gastos de ésta y de la Instrucción pública.

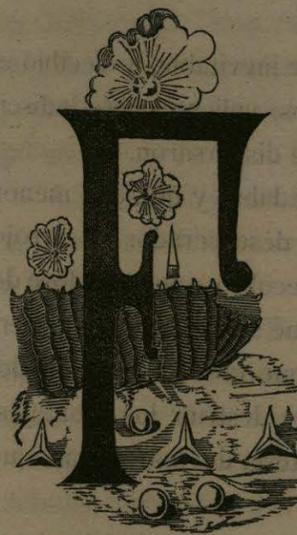
Rígido é íntegro supo conciliar los intereses fiscales con los particulares, llegando á adquirir la confianza y el crédito del comercio.

A pesar de que el Gobierno que se le había encomendado era un verdadero campamento donde tenía que sostener un combate diario, no descuidó las mejoras materiales, favoreciendo los trabajos que se hacían en el camino carretero de Tehuantepec y todas las mejoras que era posible intentar en medio de la más cruenta de nuestras guerras.

Porfirio Díaz había llenado dignamente su encargo, é iba ya á obrar en una esfera más extensa, á donde lo arrastraba su brillante destino.

CAPITULO IV.

Porfirio Díaz es llamado con sus fuerzas á Oaxaca.—Batalla de Mitla.—Derrota de Cobos en Santo Domingo del Valle.—Muerte del Señor Díaz Ordaz.—Avanzan los republicanos sobre Oaxaca.—División entre los Jefes liberales.—Rosas Landa General en Jefe de los republicanos.—Su ineptitud.—Levanta el sitio de Oaxaca y abandonando sus tropas parte para Veracruz.—Porfirio Díaz rechaza á los reaccionarios en Teococuilco y derrota á Cobos en Ixtepeji.—Sitian de nuevo los constitucionalistas á Oaxaca y la ocupan.—Derrota de la reacción en Calpulalpam.



ATIGADO y hecho pedazos el Jefe reaccionario Trujeque después de la ocupación de Tehuantepec por los republicanos, se retiró para Oaxaca con los restos de su brigada para unirse con Cobos.

Pero el vencedor no había quedado menos destrozado. Las dos Compañías de Guardia Nacional que se habían puesto á sus órdenes cuando marchó á Tehuantepec, y que constaban de *ciento cincuenta* hombres, habían quedado reducidas á ochenta: Porfirio Díaz organizó rápidamente un Batallón de quinientos hombres, de los cuales unos eran voluntarios de Juchitán y otros reemplazos de Chiapas que había facilitado el Gobernador del Estado.

Con esta fuerza salió el Coronel Díaz en combinación con las de el gobierno de Oaxaca que continuaba reclutando tropas en Ixtlán. Se trataba de atacar á Cobos que había salido de la capital del Estado con una gruesa columna sobre las fuerzas republicanas que mandaba el Gobernador José María Díaz Ordaz.

A poco de haber salido Porfirio Díaz de Tehuantepec, el 10 de Enero de 1860 los juchitecos, que tan espontáneamente se batían en sus terrenos, se amotinaron queriendo tornar á sus lugares. Porfirio refrenó con su energía aquella sublevación, y haciendo cambiar de rumbo á su columna se dirigió hacia Tlacolula, donde según las órdenes que había recibido, debía encontrarse la brigada de Díaz Ordaz.

Pero dificultades no previstas ó error en los cálculos, originaron que la fuerza republicana se hallara todavía á gran distancia, y Porfirio sólo tropezó con el mismo Cobos que le salió al encuentro en Mitla con más de mil hombres de las tres armas, perfectamente disciplinados.

El Coronel Díaz se preparó á un combate inevitable, y recibió el primer choque; pero al segundo los juchitecos, valientes pero indisciplinados, fueron arrojados de su posición y se dispersaron.

Porfirio entonces con la fuerza que le quedaba, y que era menor de cien hombres, quiso hacer un esfuerzo desesperado: se arrojó sobre las posiciones que había perdido y las recobró, apoderándose de la artillería enemiga; pero sin artilleros con que servirla, con una fuerza tan reducida como la que tenía mientras que el resto huía en derrota, se vió obligado á retirarse después de destruir los montajes, romper los ejes y quitar los tornillos de puntería de las piezas que había tomado, y que no podía llevar consigo.

Este desgraciado encuentro tuvo lugar el 21 de Enero del mismo año de 1860.

Y cuatro días después Cobos era derrotado en Santo Domingo del Valle por las fuerzas de Oaxaca, aunque esta victoria costó muy cara á los republicanos, pues á los primeros tiros cayó muerto el esclarecido patriota Díaz Ordaz, encargándose el mando al Coronel Cristóbal Salinas.

Pero éste, en lugar de aprovecharse de su triunfo marchando rápidamente y por el camino más corto sobre la capital del Estado, tomó por la falda de la sierra, avanzando con tanta dificultad que para recorrer diez leguas se emplearon cuatro días.

Por fin llegaron los constitucionalistas á Tlalixtac, dos leguas al Norte de Oaxaca, á donde se les incorporó Porfirio con la poca fuerza que salvó en el encuentro de Mitla.

En tanto los reaccionarios, que después de la acción de Santo Domingo del Valle pensaban abandonar la ciudad, repuestos de su terror levantaron rápidamente nuevas fuerzas, y acopiaron cuantos elementos les fué posible para la defensa.

Por el contrario, en el campo de los constitucionalistas, establecido en Tlalixtac reinaba alguna división, que impidió todavía más que se aprovechara la victoria anterior. Entre el Coronel Salinas encargado del mando militar y el Licenciado Marcos Perez, que desempeñaba el gobierno como Presidente de la Corte de Justicia por la muerte del Gobernador Díaz Ordaz, había un completo desacuerdo: la autoridad política creía que la militar no se le subordinaba lo suficiente, y juzgaba ésta no encontraba en aquella todo el apoyo que era preciso.

Llegó á tal grado éste antagonismo, que el Gobernador interino nombró Jefe de las fuerzas á Porfirio Díaz, ordenándole que redujese á prisión á Salinas y lo remitiese á Ixtlán bajo segura custodia.

Comprendiendo Porfirio que serían muy desastrosos los resultados de tamaña medida, provocando divisiones entre los Jefes y los soldados frente al enemigo, no ejecutó aquella orden, y logró persuadir al Señor Perez que era preciso revocarla, consiguiendo reconciliar los ánimos, disponiéndolos al cumplimiento de los deberes contraídos con la patria.

Porfirio que ejercía una influencia absoluta sobre los soldados, que había prestado distinguidísimos servicios á la causa de la libertad, tenía indisputables títulos para ejercer el mando en Jefe de aquellas fuerzas, y hubiera sido elevado á tan alto grado con el aplauso unánime de sus compañeros de armas. Pero en aquella alma honrada no cabía más ambición que la de la gloria, y el acatamiento á la ley.

Afortunadamente tuvieron término aquellas disidencias con haber tomado las tropas republicanas una enérgica iniciativa marchando sobre Oaxaca.

En efecto, los liberales levantaron el campo de Tlaxiactac y marcharon sobre la ciudad ocupando el Poniente de ella, y tomando el cerro de la Soledad. Porfirio fué encargado de esta operación, y á pesar de la tenaz resistencia de los reaccionarios sucesivamente fué ocupando parte de la ciudad, estableciendo al fin su primera línea del cerco tan avanzada, que sólo distaba del enemigo el ancho de la calle, conservando esta posición valientemente.

Por desgracia en estos momentos vino de Veracruz la orden de que no se intentara operación alguna sobre la ciudad de una manera formal hasta que llegara el General Rosas Landa, nombrado en Jefe de aquellas fuerzas, y el cual, con su carácter de Jefe, dió esa orden desde Veracruz.

Nada tan desastroso como aquella elección. Rosas Landa que desconocía la clase de gente con que iba á operar, que ignoraba los elementos de que podía disponer y que era enteramente extraño á las necesidades y aspiraciones de aquellos heroicos soldados, no supo formar ni desarrollar un plan perfecto de ataque. Siempre vacilante, indeciso y careciendo de iniciativa, perdió tres meses en operaciones inútiles, lastimó á los Jefes que militaban á sus órdenes, y se enagenó las simpatías de las tropas sacrificadas torpemente ante un enemigo á quien estaban acostumbradas á vencer.

No hacemos aquí la historia de aquella campaña, y no podemos por tanto detenernos en los incidentes que provocaron el desaliento y el cansancio en el campo republicano. Basta decir que Rosas Landa, despues de haber sufrido grandes pérdidas se vió obligado á levantar el sitio, retirándose rápidamente á la sierra.

Tan imprudente retirada fué desastrosísima para los constitucionales que quedaron reducidos á mil hombres, cuando al levantarse el campo constaba aquel cuerpo de ejército de dos mil quinientos hombres.

Forzoso nos es contar el fin de aquel episodio militar, en el cual todas las ventajas fueron de los reaccionarios, tan sólo por la impericia del General en Jefe enviado por el Gobierno general,

Los mil hombres que quedaron, se habían dispersado tomando varios rumbos. El grupo principal acampó en Teococuilco: allí se encontraban Rosas Landa y los principales Jefes como Díaz y Salinas.

Un día, á las once de la mañana, se supo que el enemigo se acercaba al pueblo estando muy próxima la avanzada. El pánico se extendió en el acto por toda la población y los habitantes, aterrados, abandonaron sus hogares temiendo las represalias de los reaccionarios.

Los soldados corrieron en desórden á sus cuarteles y tomaron las armas bajo las órdenes de Díaz y Salinas que, serenos y resueltos, se disponían al combate.

Sólo el General Rosas Landa creyó conveniente en aquellos momentos marchar para Veracruz, en pos de recursos é instrucciones.

Entregó el mando de la fuerza al Coronel Salinas, á pesar de las enérgicas protestas que le hicieron éste Jefe, Porfirio y el Teniente Coronel Cajiga. Pero nada escuchó Rosas Landa y salió á escape del pueblo, llevándose su escolta y algunos Oficiales que personalmente le eran adictos.

Volvieron á quedar al frente de la situación los dos caudillos que tanto habían trabajado por la causa de la libertad. Veamos como recobraron cuanto se había perdido, hasta volver á ocupar la ciudad de Oaxaca.

Alejado Rosas Landa, Porfirio y Salinas convinieron en separarse á fin de operar con mayor ventaja, y de adquirir con más facilidad recursos, que en aquellos rumbos no se podían ministrar á una fuerza numerosa.

Salinas se dirigió á Ixtlán para reponer su tropa, y Díaz marchó al encuentro del enemigo, que no se había atrevido á atacar á Teococuilco. Fácilmente le obligó á retroceder, obstruyó el camino de manera que lo hizo intransitable para evitarse una sorpresa, y volvió á su campamento donde pernoctó.

Al siguiente día marchó para Ixtlán á donde llegó en los momen-

tos en que en esta población cundía la alarma. Trejo, General reaccionario, atacaba á Ixtepeji con más de setecientos hombres, á quienes los vecinos oponían una vigorosa resistencia.

Porfirio entonces con la misma fuerza que traía de Teococuilco, que sólo era de 300 hombres, marchó violentamente sobre Ixtepeji, á donde arribó en los momentos en que los vecinos se batían en retirada.

Porfirio se arrojó sobre el enemigo que ya se creía victorioso, y que, sorprendido ante aquel brusco ataque, quedó completamente derrotado después de un reñido combate. El joven vencedor persiguió á los reaccionarios por espacio de cinco leguas hasta el Pinabete, lo que acabó de dispersar la columna expedicionaria del General Trejo, que sólo volvió á Oaxaca con una cuarta parte de su fuerza.

Desde entonces los Jefes republicanos se ocuparon en aumentar sus fuerzas organizándolas é instruyéndolas, para emprender de nuevo sus operaciones sobre la capital del Estado, ya que la vez anterior todo se había malogrado por la impericia del General Rosas Landa.

El Señor Díaz personalmente dirigía aquellos trabajos, con un éxito tan completo, que en 31 de Julio de 1860 la fuerza salió de Ixtlán dando previo aviso á los pueblos, para que enviaran á Oaxaca refuerzos y víveres.

El día 3 de Agosto acamparon los liberales en el cerro frente á la ciudad, después de haber rendido aquella jornada en medio de un aguacero torrencial, que hizo muy penosa la marcha.

Después de haber secado la tropa sus vestidos, sus cartucheras y aun los fusiles, bajó á ocupar las haciendas de Dolores y San Luis, donde hizo alto, tomando toda clase de precauciones para no ser sorprendida.

Había mucho de temerario en esta empresa: los constitucionalistas no pasaban de 700 hombres y sólo tenían dos piezas de montaña, mientras que Cobos tenía dos mil hombres de las tres armas, seis piezas de batalla y seis de montaña.

Con esa fuerza salieron los reaccionarios de la ciudad en la madrugada del día 6 y se presentaron frente á las posiciones de los republicanos; quienes en el acto aceptaron el combate, avanzando con tal rapidéz sobre el enemigo que éste, temiendo perder su artillería, la

hizo retirar violentamente á la ciudad: la acción continuó reñidísima y el avance de Porfirio y de Salinas fué tan vigoroso que los reaccionarios se replegaron velozmente, encerrándose en el convento de Santo Domingo.

Porfirio Díaz ocupó entonces la Plaza de Armas y el Palacio á viva fuerza, y Salinas toda la parte Norte de la ciudad.

Cobos entonces, á pesar de tener perfectamente fortificado Santo Domingo, abandonó durante la noche este inexpugnable edificio, tomando el camino de la Mixteca.

El Señor Díaz, á pesar de haber recibido una herida en una pierna al tomar la plaza, continuó desempeñando el cargo de Jefe de ella y de Mayor General que se le había confiado.

El Señor Juarez confirió entonces á Porfirio el empleo de Coronel del ejército permanente.

Aquí termina este periodo brillantísimo de la carrera militar del Señor Díaz. Hasta entonces sólo había prestado sus servicios en el Estado de Oaxaca: y á pesar de ser ellos tan relevantes, iban á quedar sepultados en el olvido, porque sus hechos de armas y su consagración absoluta á la causa de la libertad sólo eran conocidos de unos cuantos, por haber tenido su sitio en las montañas, en uno de los Estados más lejanos del centro, y á la sazón que en toda la República se escuchaba el estrépito de la guerra civil más sangrienta que se registra en nuestros anales.

Pero el Gobierno federal había llegado á fijar su atención en aquel joven soldado tan leal, tan valiente y tan íntegro que, después de haber tomado acaso la parte principal en vencer á la reacción en Oaxaca, sin la menor ambición y procurando sólo obedecer la ley, sabía consagrarse con igual atingencia á las labores administrativas que se le confiaban, como al levantamiento de tropas que tanto necesitaba la causa republicana.

El Señor Juarez creyó entonces que debía utilizar en una esfera más amplia á aquel intrépido militar, y dispuso que marchase como Mayor de órdenes de la brigada que se hizo salir de Oaxaca para operar en el centro del país, donde iban á tener lugar las acciones últimas y decisivas que debían librarse entre la reacción y la república.

Después de penosísimas marchas, la brigada de Oaxaca se unió á la división del General Ampudia, de la cual formó parte hasta después de la batalla de Calpulalpam, donde Gonzalez Ortega dió el golpe de gracia á la reacción. Pasada la ocupación de la capital la brigada de Oaxaca regresó á su Estado en Enero de 1861.

Convocado el país á elecciones generales para constituir los tres poderes, Legislativo, Judicial y Ejecutivo, Porfirio Díaz fué electo por Oaxaca diputado al Congreso de la Unión, por cuya causa se separó del mando de sus tropas, viniendo á desempeñar su encargo.

Hasta aquí el primer periodo de la carrera militar y política del Señor Díaz, periodo que puede llamarse de iniciación, y durante el cual reveló las altas dotes que más tarde lo presentaron como el caudillo más estimado y más popular de los Jefes republicanos.

Educado en la escuela de los hombres prominentes de la República, como Juarez, Ocampo y Zaragoza, fué el digno imitador de sus virtudes cívicas, dando siempre muestras indudables de su lealtad, de su valor y su adhesión á las instituciones.

En la lucha que iba á sostener el país para salvar más que los principios de libertad y reforma, la Autonomía Nacional, Porfirio iba á descollar en primer término, hasta llegar á conquistar un renombre europeo y el alto puesto con que México ha premiado sus servicios.

Vamos á seguir esta segunda parte de la historia del campeón de la democracia y de la independencia por más árdua que la empresa sea, porque al recorrer las acciones militares del Señor Díaz tenemos que invadir algo la historia contemporánea de México, que sólo debía ocupar mejores plumas y no la nuestra, que en vez de las galas literarias sólo está inspirada por el espíritu militar y por la más justificada imparcialidad en sus apreciaciones.

CAPITULO V.



ESTAURADA la República, organizados los Poderes constitucionales de la Unión y de los Estados, y vencidos hasta su completa destrucción los ejércitos de Zuloaga, Miramón y Márquez, parecía que la paz iba á restablecerse completamente.

Pero, por el contrario, la guerra intestina se recrudeció más, fomentada por el clero que tenía esperanzas de un triunfo completo, con el apoyo que se prometía del extranjero.

En efecto, el directorio conservador y los príncipes de la Iglesia se agitaban sin cesar en las cortes europeas solicitando una intervención armada para salvar sus fueros y sus intereses, aun á costa de la independencia de México.

Fuerte el clero con la esperanza de una invasión, y apoyado por la complicidad de los ministros extranjeros residentes en la capital, se propuso sostener la lucha contra el partido republicano vencedor, oponiéndole, no ya las tropas organizadas vencidas en Calpulalpam, sino hordas de bandidos que armó en toda la extensión del territorio.

Comenzó entonces la guerra de guerrillas, la más asoladora de las que puede presentar la guerra civil, y no hubo pueblo seguro, ni camino que pudiera cruzar el viajero sin ser robado y asesinado.

Zuloaga, el ex-presidente de los reaccionarios, apareció entonces recogiendo el puesto que había abandonado Miramón en su fuga: y en torno de aquel se agruparon los principales Jefes del partido conservador, que se ocultaron después de la derrota de éste en Calpulalpam.

Pronto se reunieron muchas gavillas, sobre todo las que expedicionaban en el Valle, formando casi un cuerpo de ejército de cuatro mil hombres. Al frente de estas fuerzas se hallaba el tristemente célebre Don Leonardo Márquez, militar audaz y entendido, á pesar de que entre sus cualidades de soldado enérgico descollaban los instintos del verdugo.

El héroe de Tacubaya comenzó en aquella época una serie de correrías en las cuales asoló poblaciones, robó á los pueblos y las haciendas y asesinó á cuantos sospechaba fueran liberales, sembrando por todas partes la desolación.

El Gobierno constitucional organizó en Junio de 1861 una división que saliera en persecución de los bandidos, á las órdenes del General Gonzalez Ortega. Pero Márquez, que sintió la combinación proyectada para darle alcance y que por sus partidarios en la capital sabía el plan de la campaña que contra él iba á hacerse, retrocedió violentamente, y tomando un rumbo distinto, marchó sobre la capital que sabía estaba desguarnecida, creyendo que podría ocuparla. En efecto, el día 24 de Junio en la tarde se presentó Márquez en la Calzada de la Tlaxpana, cuando nadie podía aguardar aquel ataque, y el Gobierno ignoraba la proximidad del enemigo.

Los reaccionarios arrollaron una pequeña fuerza que estaba destacada en la garita y avanzaron por la Calzada de San Cosme penetrando á las primeras calles de la ciudad.

Al saberse en Palacio lo que pasaba el Señor Juarez dictó violentamente algunas órdenes, enviando al General Mejía á San Fernando, donde estaba alojada la brigada de Oaxaca que éste Jefe mandaba.

Porfirio Díaz en aquellos momentos ocupaba su asiento en el Congreso, que estaba en sesión. Al saber el joven soldado lo que ocurría, pidió permiso al Presidente del Cuerpo Legislativo para salir del salón.

Rápidamente se dirigió al convento de San Fernando, donde se alojaban las fuerzas de Oaxaca, presentándose al General Mejía y ofreciéndole sus servicios.

Este General había avanzado ya, para contener al enemigo, algunas fuerzas, que marcharon por el Puente de Alvarado, donde situó también unas piezas; pero la infantería tendida en ala en todo el ancho de la calle, sufría fuertes pérdidas con el fuego de los reaccionarios que habían penetrado hasta Buenavista.

Tomando entonces Porfirio cuarenta hombres de la Compañía de Granaderos del primer batallón de Oaxaca, marchó á paso veloz por el lado izquierdo de la Calzada sobre la columna reaccionaria que á cada instante avanzaba más.

Para comprender estos movimientos hay que tener en cuenta que en aquella época la arquería de San Cosme dividía en dos mitades desiguales en anchura aquellas avenidas y calles.

El General Díaz marchó tras de los arcos del acueducto, por el lado derecho del enemigo: cubriéndose así se colocó en el flanco derecho de la columna reaccionaria: y salió repentinamente sobre ésta, haciendo un fuego vivísimo: el enemigo, sorprendido, creyéndose envuelto y no pudiendo ni sospechar que un puñado de hombres hiciera tan audaz evolución, emprendió una violenta retirada, que pronto se convirtió en fuga vergonzosa.

Porfirio continuó su tenaz persecución hasta arrojar á los reaccionarios fuera de la garita de la Tlaxpana haciéndoles muchos muertos, heridos y prisioneros, y tomando muchos caballos de la caballería que mandaba Domingo Herran, que fué quien dió aquel ataque.

Márquez se retiró avergonzado en completa dispersión, dejando las calles y las calzadas regadas de cadáveres, y sus heridos abando-

nados. El Gobierno ordenó recoger éstos, y los mandó asistir con el mismo empeño que á los heridos de las tropas federales.

Aquella acción del Señor Díaz fué estimada en todo su valor por el Señor Juarez, quien viendo el entusiasmo con que combatían los oaxaqueños á las órdenes de aquel Jefe, con quien habían hecho toda la guerra de los tres años, pidió permiso al Congreso para ocupar al joven diputado. Lo nombró Mayor de órdenes de la brigada de Oaxaca, y habiéndose enfermado el General Mejía quedó al fin como Jefe accidental de aquellos.

Gonzalez Ortega había vuelto á la capital desde que supo que ésta había sido atacada por Márquez. Pero pronto salió con su división para continuar la persecución del Jefe reaccionario, formando parte de aquel cuerpo de ejército la brigada de Oaxaca que mandaba Porfirio Díaz, y que marchó en la vanguardia.

Márquez llevaba cinco mil hombres, ocho piezas y muchas partidas sueltas de caballería que se le habían unido, y que mandaban los guerrilleros más temibles y sanguinarios del clero.

Entonces comenzó aquella carrera vertiginosa del asesino de Tacubaya, quien recorría distancias enormes, cruzando sin detenerse montes y sierras, pero llevando siempre tras de sí á Gonzalez Ortega que lo amenazaba de cerca.

Por fin Márquez, creyendo haberse desviado bastante de las tropas del Gobierno, se decidió á dar algun descanso á los suyos, pernociando en Jalatlaco.

Márquez era un General demasiado práctico para no establecerse sólidamente en un campamento; cubrió todos los caminos y avenidas con fuertes avanzadas, y envió por todas partes exploradores para tener prontas y seguras noticias de la marcha que siguieran las tropas del Gobierno.

Así creyó poderse retirar á tiempo ántes de que Gonzalez Ortega le sorprendiera; pero no contaba con que iba á la vanguardia de éste Porfirio Díaz, tan conocedor de nuestra táctica en aquella época de sorpresas y asaltos inesperados.

Este valiente Jefe, dejando muy atrás á la división y marchando á paso veloz en la madrugada del 13 de Agosto de 1861, penetró sin ser

visto con la brigada de Oaxaca en el centro del campamento de Márquez, quien no sintió á su enemigo hasta que éste llegaba al átrio de la Parroquia de Jalatlaco, donde aquel había situado su cuartel general.

Y el empuje con que acometió Porfirio fué tal que, marchando al frente de su columna, se encontró casi sólo en medio de los reaccionarios que comenzaban á salir de su estupor, y recibían á los soldados federales con un fuego nutridísimo de fusilería.

Esto pasaba cuando la oscuridad era aún completa, y debido á una casualidad inexplicable, el caballo que montaba el Señor Díaz, á los disparos de la artillería, retrocedió hasta la cabeza de la columna republicana.

Entonces Porfirio hizo marchar á ésta en medio de una tromba de plomo y metralla y asaltando el átrio, y emprendiendo un combate cuerpo á cuerpo, derrotó al fin completamente al enemigo.

Márquez y otros de los principales Jefes huyeron, llevándose á su presidente Zuloaga: su ejército quedó destruído, dispersándose algunos cuerpos, y quedando el resto prisionero. Al salir el sol se vió con sorpresa que los vencedores eran la séptima parte ménos en número de los que se habían rendido.

En esos momentos llegaba Gonzalez Ortega con el resto de su división, cuando sólo á lo lejos se oían algunos disparos de los pequeños grupos de las guerrillas reaccionarias que huían á todo escape.

El General en Jefe sorprendido ante aquella victoria tan espléndida, alcanzada á fuerza de valor y audacia, pidió el ascenso de Porfirio Díaz á General de Brigada, aunque declaró que en otras circunstancias hubiera pedido se procesara á éste, que había obrado sin órdenes ni instrucciones del cuartel general.

Para precisar mejor los ascensos que obtuvo en su carrera militar el Señor Díaz, debemos recordar que en aquella época sólo era Coronel, cuando contaba ya siete años de servicios, y en su trascurso había hecho once grandes campañas, y había dado incontables combates parciales.

Y sin embargo, hasta el 22 de Agosto de 1860 el Señor Juarez había expedido al Señor Díaz despacho de Coronel del ejército per-